

**Palabras clave: intelectuales, generación, nueva izquierda, praxis, subjetividad.**

**Resumen:**

El autor identifica una nueva generación intelectual (crítica) argentina. Analiza el contexto que hizo posible su emergencia, signado por la crisis y la rebelión popular de 2001 – 2002. Sostiene que el surgimiento de esta nueva generación no se puede desvincular del desarrollo de una nueva subjetividad política de izquierda.

Destaca las diferencias entre la nueva generación y los intelectuales progresistas (reformistas y nacional – populistas) y la vieja izquierda. Luego propone una caracterización de esta generación, partiendo de algunos rasgos generales y distintivos.

## **Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual argentina\***

**Miguel Mazzeo\***

*“No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento”*

**José Carlos Mariátegui**

*“Yo tengo fe en nuestro propio escepticismo, en nuestra propia desesperación”*

**Walter Benjamín**

*“Conocer [...] no es una mera composición de conceptos: es un acto vital, un desgaste y, en consecuencia, un asunto peligroso, un acto organizativo”*

**René Zavaleta Mercado**

---

· Una versión resumida de este trabajo fue publicada con un título similar en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, N° 6, Prometo, Buenos Aires, septiembre/octubre de 2009.

\* Docente de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la Universidad Nacional de Lanús (UNLa). Autor, entre otros libros de *Que (no) hacer, apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios* (Antropofagia, Buenos Aires, 2005), *El Sueño de una cosa. Introducción al poder popular* (El colectivo, Buenos Aires, y el Perro y la Rana, Caracas, 2007) e *Invitación al descubrimiento. José Carlos Mariátegui y el socialismo de Nuestra América*, (El colectivo, Buenos Aires, y Minerva, Lima, 2008) Es militante del Frente Popular Darío Santillán. E-mail: [miguelmazzeo@hotmail.com](mailto:miguelmazzeo@hotmail.com).

## Sobre los orígenes de la nueva generación intelectual

En un trabajo publicado en 2007<sup>1</sup>, identificamos y ensayamos unos pocos pasos en pos de la caracterización de una nueva izquierda (en sentido estricto una *nueva* nueva izquierda) o una izquierda por venir. La primera designación, aunque se inspiraba en indicios concretos, sin dudas, puede parecer exagerada. La segunda, por la carga desiderativa que pone en juego, puede resultar más exacta que la primera, aunque indefectiblemente depende de ella. En efecto, sin el desarrollo de un conjunto de experiencias y prácticas significativas de las clases subalternas, que adquirieron visibilidad pública, que se convirtieron en potentes atractores sociales por sus potencialidades contrahegemónicas y que se multiplicaron en los años 2001 y 2002, sería imposible pensar en una izquierda por venir, incluso sería difícil deseársela y ver, en términos de Ernst Bloch, las tendencias en las latencias. Cabe aclarar, de todos modos, que antes de la insurgencia hubo un proceso de maduración, una gestación silenciosa que había arrancado unos años atrás.

Como una nueva izquierda sólo tiene razón de ser si supera los saberes pétreos de la izquierda vieja y si contribuye a renovar las identidades plebeyas, la tarea de identificación y caracterización de lo nuevo obliga a una crítica del antiguo régimen emancipatorio sin descuidar la crítica en paralelo de los actuales mecanismos de sometimiento por efecto de dominación ideológica y de acotamiento del ser crítico de los intelectuales, en particular los menos evidentes, los que se ven expresados por el progresismo realmente existente (en sus formatos reformistas y nacional - populistas).

Ahora bien, creemos que este proceso de gestación de una nueva izquierda o una izquierda por venir tiene correlatos en el campo intelectual. Se trata de planos inescindibles porque sus lógicas inherentes permiten la proliferación de vasos comunicantes. En concreto, si hablamos de una nueva izquierda, o una izquierda por venir, corresponde hablar también de una nueva generación intelectual (y de la emergencia de un nuevo intelectual crítico).

No queremos exagerar las posibilidades de esta nueva generación intelectual. Que las necesidades sean perentorias no garantiza la inminencia y la operatividad de las respuestas. Además, consideramos de que sólo los intelectuales son capaces de autoasignarse funciones desmesuradas en los procesos históricos. Muchos intelectuales, incluso los que se asumen como marxistas, o, en líneas generales, como revolucionarios, radicales, antisistémicos, contrahegemónicos o, simplemente, “críticos”, siguen considerando que las ideas revisten algún grado de extrañeza respecto de los procesos del mundo social. Nosotros no creemos que los intelectuales sean la levadura de la historia. Sí queremos señalar la posible (y muy necesaria) contribución de una nueva generación intelectual a la conformación de una nueva subjetividad política de izquierda.

Los sucesos que van del 19 y 20 de diciembre de 2001 al 26 de junio de 2002 y los procesos que expresaban, de algún modo ofician de partida de nacimiento de la nueva izquierda y de la nueva generación intelectual, son sus momentos constitutivos y sus puntos de referencia. Ese tiempo reflejó la crisis, no solo de un patrón de acumulación y de una forma de Estado, sino también de una “cultura” política basada en la despoltización de la sociedad, es decir, en el analfabetismo político, en particular, de las clases subalternas. Al mismo tiempo, estos sucesos contrariaron de modos diversos tanto a la matriz populista que, clausurada en el plano económico-social subsistía (y subsiste) como superestructura, y la matriz izquierdista tradicional, es decir, el “marxismo-leninismo” en todos sus formatos dogmáticos y acrílicos

---

<sup>1</sup> Se trata del libro, *El sueño de una cosa (introducción al poder popular)*, publicado en Buenos Aires por la Editorial El Colectivo y en Caracas por la Fundación Editorial El Perro y la Rana, en 2007 en ambos casos.

Posiblemente se trate de los meses más intensos de los últimos años y, probablemente, de las últimas décadas. Fueron seis meses y 1621 cortes de rutas, calles y puentes. Seis meses y cientos de asambleas en los barrios de la Ciudad de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires. Seis meses en los cuales se desarrolló un proceso de estructuración de un movimiento de protesta a nivel nacional, con organizaciones y activistas que, en líneas generales, respondían a orientaciones políticas e ideológicas radicalizadas. Seis meses de exuberancia plebeya y de una vitalidad que nos retrotraía a los tiempos previos al golpe militar de 1976. Un tiempo tan dramático como plétórico de posibilidades a partir de la irrupción de las clases subalternas y los espontáneos y masivos cuestionamientos a los pilares de la dominación, sostenidos esta vez en el despliegue de auspiciosos experimentos de autoorganización que instalaron algunas coordenadas para pensar nuevos trayectos anticapitalistas.

Diciembre de 2001 vino a instituir el fin de la última dictadura militar (1976-1983), es decir: puso en evidencia la caducidad de algunos de sus efectos más depravados que aún persistían. No sólo porque se superó el miedo y se trabaron los mecanismos que frente a él reproducían las automáticas respuestas atomísticas y adaptativas, sino también porque se generó un clima que convocaba al rechazo de los comportamientos no solidarios y privatizadores y al cuestionamiento de las estructuras elitistas de los signos más diversos al tiempo que auspiciaba todo tipo de tendencia asociativa. Diciembre de 2001, como mayo de 1969 (Cordobazo), provocó una pérdida de sentido de las pautas políticas precedentes, marcó su agotamiento como referentes orientadores. Pero a diferencia del Cordobazo no hubo un segundo 19-20 de diciembre “clasista e insurreccional” y se desbloqueó rápidamente el proyecto alternativo de rearticulación del bloque dominante.

Se trató, por cierto, de un tiempo excepcional y en muchos aspectos desmesurado, más allá de que las contradicciones sociales y políticas no hayan arribado a la orilla del paroxismo de los extremos, más allá de que el principio de oposición sólo haya operado en algunos de los fragmentos (frentes de combates) de un escenario serializado. Precisamente en esos costados desmesurados tal vez esté la clave del surgimiento de la nueva izquierda y de la nueva generación intelectual, es decir, ambas pueden ser concebidas como el resultado de algo que se salió de cauce y, aunque luego el proceso histórico retornó a la matriz anterior, los signos lúcidos de una formidable productividad político-cultural ya habían quedado expuestos. Un acto intersubjetivo originario, uno flamante y distinto, había tenido lugar. Nuevamente fue posible identificar y enamorarse de una realidad inmadura.

Ese tiempo, al decir de Raúl Cerdeiras, instituyó “una experiencia a partir de la cual se volvió imperativa la pregunta olvidada: ¿qué es la política?”<sup>2</sup>, pregunta que, en términos más específicos, podría ser reformulada del modo siguiente: ¿qué es una política emancipatoria, radical, legítimamente popular, de izquierda? Estos interrogantes no podían dejar de conmocionar las prácticas intelectuales. La esterilidad de lo viejo se tornó demasiado evidente y hasta llegó a ser insoportable cuando se hizo ineludible el contraste con los esbozos de lo que expresaba una inédita potencia emancipatoria. Este tiempo fugaz llegó a instituir retazos de una praxis intelectual nueva que, por lo menos, comenzaba a producir algunos insumos básicos para responder la pregunta de Cerdeiras.

Los posicionamientos respecto de estos sucesos fueron significativos y delatores. Como suele ocurrir, una experiencia idéntica se vivió con conciencias diversas. Mientras algunos se horrorizaron por el “desorden social” y se lamentaron por la inviabilidad de los fetiches de la democracia representativa y electoralista; en fin, por la imposibilidad de un capitalismo “blanco”: racional, previsible, moderadamente redistributivo y soportable, otros, envilecidos por haber asumido la condición de repetidores y por su manía clasificatoria, creyeron que se abría la posibilidad de representar los viejos textos (o, en el mejor de los casos, de reescribir los viejos manuales) y que –¡al fin!– había llegado la hora de la eficacia histórica de “su subjetividad” y

---

<sup>2</sup> Cerdeiras, Raúl: “La política que viene”, en: Revista *Acontecimiento*, N° 23, Buenos Aires, mayo de 2002, pp. 51-52.

de desempolvar las antiguas y escasas herramientas para acaudillar una insurrección de masas en un sentido revolucionario que no lograban caracterizar más allá del slogan y el recetario clásico, mientras insistían en que el problema se reducía a un déficit de partido o de vanguardia.

Se puso de manifiesto, una vez más, que uno de los problemas más graves de la izquierda vieja es que no logra ser crítica de sí misma y que no asume la tarea de revisar permanentemente sus propios fundamentos, su subjetividad y su sensibilidad. El resultado está a la vista, después de fetichizar sus fracasos y justificar sus carencias sólo le queda elaborar recetarios y discursos ingenuos. La izquierda vieja habla una lengua muerta, sin posibilidad de desarrollar capacidades expresivas. La izquierda vieja no supera la teoría del reflejo y presenta al marxismo igual que los teóricos burgueses, como un determinismo mecanicista, a veces recubierto de vistosos encajes. Sus producciones aparecen siempre como el resultado de pensamientos previos y no como el proceso de pensar. El grado de alienación de sus militantes no hace más que incrementarse. Una vez institucionalizados, impregnados de la tradición cultural de sus organizaciones, sin la aptitud de distanciarse del objeto (por eso es imposible una autocrítica sincera en una secta) terminan normalizando las situaciones patológicas.

Pero también estuvieron aquellos y aquellas que vieron las instancias de autoorganización de base, los embriones de prácticas contrahegemónicas, radicalmente democráticas y con proyecciones anticapitalistas. Las vieron, no sólo porque venían entrenados para verlas, sino porque muchos de ellos y ellas, además, venían desarrollando prácticas en subsuelos y periferias que, en parte, eran “intelectuales”. Con más o menos desilusiones a cuestas, venían congeniando con el suburbio. No llegaban a ser el grueso de lo que se denomina como el “activismo”, es cierto, pero desde mediados de la década del 90, en forma rudimentaria, con formaciones político - intelectuales y reservorios de metáforas de los más diversos y hasta estrafalarios, con acervos que no se pusieron al servicio de la “línea correcta”, sino que se dispusieron para una negociación de las diferencias y malos entendidos al interior de las clases subalternas, comenzaron a usar y recrear un lenguaje común donde resonaban palabras como: horizontalidad, autonomía, contrahegemonía, poder popular, entre otras (un lenguaje que refería a una nueva cultura política)<sup>3</sup>. Comenzaron a pensar y actuar en ruptura con los modos del reformismo, el nacional - populismo y la izquierda vieja, hastiados de la política de superestructuras, de la representación y la delegación, de las lógicas estrictas (que además son lógicas de lo mismo), de las respuestas definitivas, del dirigismo, el sectarismo y el estatismo. Se pusieron a trabajar para revertir el proceso de desintegración social, para unir lo fragmentado, para contradecir la serialización y la electoralización de las clases subalternas, las prácticas estatales del subsistencialismo, la recolonización cultural<sup>4</sup> y la promoción del analfabetismo político, los ejes mismos del proceso histórico que se inauguró en 1983 y los mismos fundamentos de la democracia como función de la hegemonía de las clases dominantes y de la sofocación de las clases subalternas. En síntesis, escrutaron el signo de los tiempos y fundaron una discontinuidad.

Vale aclarar que, a la hora de identificar una nueva generación intelectual, los fundamentos etarios no cuentan. Esto puede sonar a anatema, puesto que en última instancia la edad, que remite al nacimiento en fechas cercanas y a los influjos compartidos, suele ser un elemento determinante cuando se identifica una generación. Pero en este caso cuenta muy poco. La nueva generación intelectual también presenta un elevado grado de heterogeneidad en este aspecto. Como encrucijada histórica, diciembre de 2001 operó como punto de partida para algunos, mientras que para otros fue el lugar del oportuno desvío. Lo importante es que los

<sup>3</sup> Esteban Rodríguez sostiene que el concepto de poder popular, es “una de las contraseñas que permitieron a la nueva izquierda (autónoma) diferenciarse de aquellas experiencias que insisten en las concepciones materialistas del poder, aquellas que entienden que el poder se circunscribe al Estado, y que por lo tanto en una cosa que se toma o se detenta según el caso”. Ver: Rodríguez, Esteban: “Más acá del Estado, en el Estado y contra el Estado. Apuntes para la definición del poder popular”. En: AA.VV., *Reflexiones sobre el poder popular*, Buenos Aires, El Colectivo, 2007, pp. 101-102.

<sup>4</sup> Esta recolonización cultural consistió en la destrucción total o parcial de toda cultura en condiciones de resistir la melancolía, el embrutecimiento y la seducción de las jergas oscuras y en la imposición de formalismos huecos, siempre funcionales al poder.

colocó, a unos y a otros, en el mismo camino. El concepto de generación va mucho más allá del conjunto de los coetáneos. Por cierto, generación también remite al acto de engendrar.

El proceso de emergencia y de desarrollo inicial de una nueva generación intelectual suele ser tormentoso y confuso, sus delimitaciones son por la negativa y el rechazo. La nueva generación intelectual argentina no inició su proceso de formación ordenadamente, los pensamientos que generaron el primer fermento estallaron y aún siguen esparcidos. No es raro entonces que en torno a la nueva generación intelectual se conforme un campo de encuentro de todas las posiciones ex-céntricas y se cobijen en él un conjunto de perspectivas desamparadas, desquiciadas, algunas con potencial disruptivo otras no tanto. Desde el punk barrial, al perspectivismo escéptico de prosapia posmoderna y a las combinaciones entre Federico Nietzsche y el budismo Zen; desde el neohippismo a la negación radical del mundo y la búsqueda del Nirvana con su sueño sin ensueño; desde los que asumieron la reivención de una idea de Estado - nación con referentes utópicos, éticos y políticos relacionados con el comunitarismo de base, el socialismo “desde abajo” o el poder popular, hasta aquellos neoanarquistas (por cierto: reacios al objeto de reivención pero no a los referentes de la misma, con los que se identificaban) y los minimalistas, cultores del socialismo en un solo barrio que hacían una interpretación estrecha de la consiga sesentista de Ernst Friedrich Schumacher (1911-1977): “small es beautiful” (lo pequeño es hermoso) .

Con el tiempo, las perspectivas con mayor potencial, se asimilaron a la medula de la nueva generación intelectual y claro está, contribuyeron a perfilarla, otras encontraron un sitio (y una referencia) en el Estado, en el mercado (que incluso ha desarrollado outlets intelectuales para los productos más defectuosos) y también en la academia. Instituciones que suelen funcionar como la Gruta de Trofonio, es decir, le cambian el carácter a los que ingresan en ellas<sup>5</sup>. Instituciones que además pueden desempeñarse como asilos para revolucionarios inválidos (resignados), burócratas y buscavidas de toda laya.

La izquierda vieja sobrevaloró los elementos mas negativos, y condenó todo lo que no encajaba sus moldes y no era traducible a su lenguaje de museo, ultrajando el sentido de lo bello, lo justo y lo popular. En una pésima interpretación de los signos, consideró que lo nuevo emergente a nivel político e intelectual, no era más que el resultado de la exageración de las señales de fermentos pasajeros. Ajustó la compleja realidad a una categoría única a la que previamente empobreció y estereotipó: autonomismo.

Por cierto, a partir de 2003 y de la recomposición del sistema a nivel material y de su comando político, el reformismo, el nacional - populismo y la izquierda vieja, retornaron al útero estéril y sórdido de las viejas certezas.

Los cobijados en el primero y el segundo se sintieron aliviados por la rápida e impensada recomposición de unos fetiches que parecían más exhaustos. Del alivio pasaron a la euforia al delinearse una impensada vía progresista al país normal. Además se conformó un campo ecuménico del progresismo realmente existente donde reformistas y nacional - populistas convergían por primera vez en nuestra historia. Incluso, se dieron el lujo de integrar a liberales. El campo ecuménico se conformó alrededor del horizonte del “país normal”, de la “pax burguesa”, del “desarrollo” (que, por lo general ha servido y sirve para falsear realidades periféricas y para limar las aristas conflictivas) o del “realismo” en su sentido más mezquino: adaptación lisa y llana a las relaciones de poder imperantes, gestión eficaz del ciclo económico. Lo modesto del horizonte, el grado de sumisión que le es inherente y el orden social inconsistente y el vaciamiento de la sociedad civil que promueve, puso en evidencia los límites intelectuales y políticos del progresismo realmente existe, en particular las simplificaciones y la oquedad del nacional - populismo, su incapacidad, compartida con el reformismo y la izquierda

---

<sup>5</sup> Según la mitología griega, Trofonio era un cíclope y mago, hijo de Apolo y Epicaste según algunas tradiciones, uno de los hijos de Ergino, según otras. Las grutas en las que habitaba, en Lebadea, Beocia, tenían la cualidad de modificar el carácter de los que en ellas ingresaban.

vieja, de decir algo nuevo y su manía repetitiva, su negligencia a la hora hacer ajustes en su política y en la posición doctrinaria que arrastran desde los 70. Hoy queda claro que buena parte de sus manifestaciones pueden ser reabsorbidas y neutralizadas por el régimen de dominación imperante.

Si la política es concebida como gestión del ciclo económico toda idea termina siendo aleatoria y, sobre todo, se abandona la construcción de momentos de autodeterminación, sólo queda la contraposición de retóricas, cada vez más vacías. La lucha de imaginarios caducos pretende reemplazar a la lucha de clases concreta. Como aún insisten en identificar al enemigo principal dejando de lado la conciencia clasista, o poniéndola “entre paréntesis”, como subestiman la dominación al poner el eje en la competencia de las elites económicas y políticas o los “bloques de interés”, caen en un maniqueísmo de sumisión y en un dualismo epistemológico que escinde al objeto real del formal. La contradicción entre el país agrario y semicolonial y la nación moderna, predominante industrial (y burguesa) dista de ser “principal”.

Por otro lado, su recompuesto electoralismo los convirtió en seguros auspiciantes del mal menor pero en marcos cada vez más degradados. En fin, en el fondo, todas las versiones del progresismo, incluyendo el nacional - populismo, parten de la conformidad de la época, buscan una síntesis burguesa feliz, cada vez más lejana, a medida que el abismo social se ensancha, a medida que en la sociedad argentina la infraestructura es cada vez más una superestructura.

El reformismo y el nacional - populismo confían en los atajos de una razón dominante y vertical (exclusivamente estatal) a la hora de crear lazos asociativos y de producir identificación comunitaria. No asumen que la clave de lo nacional reside en una praxis articuladora de las clases subalternas, que la única “nacionalización” posible se hará por la vía de una refundación y una reinención “desde abajo” y que la autodeterminación nacional más consistente es la que se basa en fundamentos anticapitalistas y en lazos democráticos y horizontales. Pero el nacional - populismo tiene como fundamento la negación de la asimetría en poder y derechos de las clases interiores del nacionalismo popular, entonces como no puede ni podrá reinventar la idea de Nación (y del Estado), insiste con una idea antigua que carece de entidad como referente utópico y ético.

El reformismo y el nacional - populismo, no piensan a la nación a partir de sus posibilidades concretas de canalizar los deseos emancipatorios de las clases subalternas y sus anhelos de autonomía e igualdad, de autodeterminación y libertad. Esta dimensión de la nación es insoslayable para cualquier proyecto emancipador porque permite arraigarlo en una tradición cultural y política, en una “escuela política de las clases populares” que alude a los sentimientos profundos de las masas y a los hechos de conciencia, o, dicho al modo gramsciano, a sus “núcleos de buen sentido” que son los que pueden sostener efectivamente una política anticapitalista y socialista.

Vástagos de las políticas heterónomas, el reformismo y el nacional - populismo ni siquiera apuestan a una convocatoria carismática (estatal y vertical) como motor de la autodeterminación. La mayoría se conformó con los Kirchner. Otros apuestan a las adaptaciones más depuradas del mismo guión, sin el lastre del Partido Justicialista (PJ) pero absolutamente desarraigadas. Los grupos identificados con el reformismo y el nacional - populismo, que han hecho su experiencia de gobierno desde 2003 hasta ahora, se caracterizaron por sus intervenciones desde lo alto, meticulosamente desarticuladoras de la acción autónoma de las clases subalternas.

En fin, a partir del año 2003, el grueso de los intelectuales argentinos, recompusieron su idea de democracia sin riesgo, de baja intensidad, porque, expresado con toda crudeza, su horizonte democrático no es algo cualitativamente diferente a la posibilidad de negociar las condiciones de explotación y conciliar las contradicciones a través de reconciliaciones (y no, como propone la nueva generación intelectual, a través de los cambios profundos en las condiciones que las engendran). Con la crisis de 2008 (la denominada “crisis del campo”) estas limitaciones se

hicieron ostentosas cuando desecharon cualquier apertura por izquierda e intervinieron con el fin de establecer una ligazón entre lo destituyente y lo golpista.

La crisis de 2008 también resquebrajó el campo ecuménico liberal - reformista y liberal - populista. Aquellos que Mario Toer denominó “exponentes del péndulo pequeño burgués”<sup>6</sup>, los que nosotros llamamos teóricos de la pulcritud y los formalismos institucionales, tomaron distancia y comenzaron un proceso de alineamiento con la derecha más tradicional. Frente la fragilidad de las alternativas contrahegemónicas, se delineó un escenario polarizado pero sin contradicciones sustanciales. El reformismo y el nacional populismo recurrieron entonces a un politicismo que puede resultar eficaz para ciertas coyunturas pero que carece de perspectiva estratégica a largo plazo. Sus intelectuales apelan al nivel político - cultural de la contradicción pero prescinden (y lo escinden) del nivel económico - social.

Por su parte la izquierda vieja se aferró al manual leninista (en todos sus formatos) y a las políticas heterónomas y piramidales. Volvió así a sus plantillas clasificatorias y nominalistas y a la rigidez del dogma, que había sido sacudido allá por 2001 y 2002. Para ellos la paradoja es el abismo, sólo pueden manejarse en la aparente seguridad que ofrecen los marcos de un pensamiento metafísico, hiperideológico. Siguieron intentando construir sobre los cimientos gastados.

La nueva generación intelectual y la nueva izquierda, si bien se vieron obligadas a ubicar correctamente los sucesos insurgentes de 2001-2002, restituyendo los acontecimientos a la historia y favoreciendo una mirada no extraviada por la desmesura del acontecimiento, asumieron que una nueva radicalidad y una nueva subjetividad política había surgido en los intersticios del sistema a partir de las luchas populares. Y que, más allá del reflujo, lo nuevo ya había sido gestado.

O sea: podría decirse que un elemento compartido por la nueva generación intelectual es la certeza de que, más allá del reflujo y el repliegue popular iniciado en el año 2003, tuvo lugar, en los años previos, un proceso de acumulación de capital político en sectores de las clases subalternas y en regiones de la militancia popular. El punto compartido es, ni más ni menos, una certeza respecto de un aprendizaje político significativo en las bases y en una parte del activismo. Un punto de partida auspicioso que permite pensar en las posibilidades de una política revolucionaria por fuera de los tiempos de las crisis.

Vale aclarar que el nacimiento de la nueva generación intelectual estuvo signado por la acción y por la necesidad pura y descarnada de los que accionaban. No estuvo condicionado por la certeza de atesorar una verdad y de poseer un grado de consistencia (porque, en contra de lo establecido por la ilusión ideológica, las ideas no nacen de otras ideas), estuvo determinado por la necesidad de sobrevivir de algunas experiencias, por el deseo de conservar una potencialidad política que apenas se había vislumbrado (pero que por si misma justificaba el esfuerzo) y de realizar un balance profundo de una experiencia histórica fugaz pero relevante por las tensiones profundas percibidas y las relaciones del mundo material y social puestas en juego. También, por el afán de alcanzar la estatura de una hipótesis humana. El punto de partida, por si mismo, ya era original. Sin encorsetamientos, sin una bitácora perfectamente diagramada, se diferenció del tradicional punto de partida de la izquierda vieja.

Como la nueva generación intelectual, desde sus comienzos, no se jactó de portar una verdad en materia emancipatoria y crítica, porque no adoptó un objeto unificado y reglado en función de una leyes de validez universal y una teoría del mismo signo, los procesos de síntesis teórico - política se hicieron mas sencillos, reales y por lo tanto más verdaderos. La síntesis se configuró como horizonte y no como punto de partida programático. La síntesis ocurría o no en el terreno

---

<sup>6</sup> Mario Toer los caracteriza del siguiente modo: “sus rasgos más relevantes son la presuntuosidad y la soberbia, su incapacidad para percibir los fenómenos más profundos que ocurren en el ámbito popular y la facilidad con la que se alinean junto a lo más granado de la reacción...”. Ver: Toer, Mario: “Sin Tregua”. Las disyuntivas del centroizquierda, en: *Página/12*, Buenos Aires, martes 26 de enero de 2010.

de la praxis, no en el de los meros acuerdos santificados por las cúpulas, los aparatos, las instituciones y las elites. Cuando ocurrió, surgieron retazos, elementos de un nuevo tipo de subjetividad política. Una subjetividad hija de la conformación alentada y espontánea de prácticas, hija, sobre todo, de la articulación de las mismas, es decir: del trabajo tendiente a conjurar a Babel (el solipsismo y la confusión). La nueva generación intelectual, con algunos titubeos, se negó a establecer un principio general de articulación. En efecto, rechazó las prácticas derivadas de las lógicas estatales y mercantiles como prácticas articuladoras dominantes y asumió (no impuso) el principio comunitario o societario.

El proceso continúa, pero son innegables los avances de una subjetividad política e intelectual nueva, radical y crítica, no reglada por el Estado, sea por las lógicas reformistas, nacional-populistas o de la izquierda vieja. Evidentemente la nueva generación intelectual, es una generación al aire libre, desatada, dispuesta a partir con la seguridad que le da el hecho de saber que no naufragará en mares ajenos.

Retomamos aquí diversas escrituras. Por un lado, como hicimos en *El sueño de una cosa. Introducción al poder popular* respecto de la nueva nueva izquierda o una izquierda por venir, en este trabajo proponemos una serie de elementos para caracterización de la nueva generación intelectual, considerando que su nacimiento y desarrollo es paralelo a la primera. Por el otro también pretendemos seguir por la ancha avenida (decir camino sería inexacto) que propuso Omar Acha en *La nueva generación intelectual, Incitaciones y ensayos*<sup>7</sup>. Finalmente nos parece necesario dar cuenta de las intervenciones del dossier: “Intelectuales e izquierda en América Latina”, publicado en *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico* (Nº 6, Prometeo, Buenos Aires, septiembre/octubre de 2009), en el cual figura el artículo que ha servido de base de este trabajo. Dicho dossier contiene los siguientes artículos: “Intelectuales en el ocaso de la ciudad letrada: Los albores de una generación crítica en América Latina”, de Omar Acha; “Sobre nuestra condición intelectual (y sus anti-condiciones)”, de Ariel Petruccelli; “Hacia la superación de una generación intelectual domesticada”, de Christian Castillo y Matías Maiello; “La lengua del 2001”, de Eduardo Molinari; y dos entrevistas, una al investigador Elías Palti, realizada por Bruño Fornillo y otra al dirigente del Sindicato del Subte “Beto” Pianelli, realizada por Alejandro Belkin y Rosa Morena.

Insistimos con lo señalado al comienzo. Como ocurre al hablar de nueva izquierda, con la nueva generación intelectual resulta imposible deslindar los indicios concretos de los deseos de cara al futuro. Por puro optimismo (que, en términos de Walter Benjamín, no es más que pesimismo revolucionario y sana desconfianza respecto del rumbo de la historia y) usamos el presente, y porque intentamos ver tendencias en las latencias. Se mezclan en nuestra caracterización datos de la realidad con especulaciones respecto de desarrollos óptimos o con el simple deseo, se entrecruzan la descripción con la propuesta. Vale aclarar que en muchos casos la asignación de características específicas a la nueva generación intelectual implica el riesgo de ocultar los conceptos específicos, al otorgarle a un elemento embrionario el carácter de categoría. Por cierto (y perdón por la metáfora organicista), es más fácil estudiar el organismo desarrollado que la célula.

## **Algunas características de la nueva generación intelectual**

### ***Imitación de Anteo***

La nueva generación intelectual reivindica una hermenéutica situada. En código heideggeriano la hermenéutica no es ni arte de interpretar ni la interpretación misma, sino la búsqueda por determinar la esencia de la interpretación y las condiciones de la interpretación. Al mismo tiempo es dar a conocer una “buena nueva”, anunciar. El carácter situado implica exponer el propio *ethos* (el modo de vivir su ser) como punto de partida y prenda de negociación. Abierta a

<sup>7</sup> Acha, Omar, *La nueva generación intelectual, Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires, Herramienta, 2008.

la alteridad, se diferencia de la hermenéutica de la izquierda vieja, que fue y es una hermenéutica con pretensiones de objetividad, cerrada y tozuda, reacia a dar cabida a otros textos, y también de la hermenéutica académica, cuyo eje suele ser la neutralidad valorativa. La hermenéutica situada remite a la ortopraxis, las otras a la ortodoxia.

Si la izquierda por venir asume un modelo de construcción político - social que además de distinguirse por la combinación de acumulación y multiplicación se caracteriza por el arraigo territorial, la nueva generación intelectual adopta y adapta el mismo modelo. Lo común, lo que se desempeña como eje articulador del espectro multiforme que constituye la nueva generación intelectual es la vocación por desarrollar una intervención en función de una competencia “intelectual” (pero que la excede) en estrecha relación con una organización popular, un movimiento social, una praxis de las clases subalternas, etc. Lo que por lo general busca ese tipo de intervención es construir un espacio de oposición empírica (del pensamiento, de la filosofía, del arte) a la cultura burguesa.

La nueva generación intelectual reconoce como situación hermenéutica privilegiada a las praxis contrahegemónicas desarrolladas por las clases subalternas. Praxis democráticas, autodeterminantes, autogestivas, opuestas al lazo social generado por el capital, refractarias a la “atmósfera” que el capital deposita entre los seres humanos. De este modo, la crítica no se escinde de la vivencia directa de una dialécticidad. El punto de partida factual, no se divorcia de los horizontes que proyecta el poder ser.

La nueva generación intelectual, entonces, asume proposiciones y perspectivas “desde abajo” lo que funda su “interioridad” y su predisposición a seguir de cerca la dinámica de los procesos históricos. Ahora bien, esa interioridad si bien puede ser considerada como fuente de legitimidad de las intervenciones intelectuales frente a las intervenciones “científicas” y “exteriores”, no niega los ejercicios de mediación. La nueva generación intelectual reconoce que está ejerciendo una función mediadora entre unas prácticas y unos saberes teóricos. Aunque simplemente oriente sus esfuerzos a “deducir” los saberes teóricos de las mismas prácticas, la deducción no deja de ser una práctica mediadora. Si la hermenéutica es situada, la mediación y la “traducción” también lo son. El intelectual de la nueva generación es consciente que sus saberes se ponen en juego en una construcción teórico - práctica colectiva que le impone la redefinición de categorías e incluso de los objetivos. Pero nunca abjura de sus saberes. La hermenéutica situada implica siempre una mediación aunque se piense en situación, aunque se reconozca una parcialidad y una subjetividad.

De todos modos, la nueva generación intelectual aspira a interioridades más excitantes (aunque probablemente imposibles) mientras sospecha que la función mediadora, en este contexto, no está tan mal. Sobre todo cuando se impone el contraste con los riesgos de caer en el delirio narcisista absoluto de algunas organizaciones de la izquierda vieja, que siguiendo a György Lukács se asumen como la “expresión” del punto de vista de la clase obrera. La nueva generación intelectual se aleja de un emplazamiento tan soberbio e idealista. No exagera ni se autoengaña respecto de los alcances de su punto de vista, tampoco usurpa representaciones, simplemente asume y vive el lugar “desde” donde piensa (lo general) y lo vive con naturalidad, sin la angustia de lo que Horacio González denominó una “conciencia individual que asume la pesarosa y solitaria tarea de encarnar un tesoro perdido en el pliegue interior de la conciencia colectiva”<sup>8</sup>. González ve un ejemplo de este tipo posicionamiento (al que considera derivación de lo que denomina un “positivismo romantizado”) en Raúl Scalabrini Ortiz, la figura intelectual más emblemática del nacionalismo popular argentino del siglo XX.

La nueva generación intelectual piensa desde la situación descolocada de la clase, pero lejos de todo emplazamiento individualista, sin imperativos sacrificiales y sin la sensiblería casi lacrimógena de los que se asumen como desamparados u olvidados (y de los que se dedican a

---

<sup>8</sup> González, Horacio, *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Colihue, 1999.

identificar olvidos y desamparos retrospectivamente), básicamente porque no son reconocidos “oficialmente”. Es signo de la nueva generación intelectual es la crudeza, la franqueza gozosa y feroz.

Una hermenéutica situada no se escuda ni en la idea de un “saber objetivo” ni en los “hechos”. Como enseña el feminismo radical, se trata de asumir y militar nuestras parcialidades subalternas. La nueva generación intelectual no niega, no encubre su perspectiva específica. Reconoce que los saberes objetivados, esencialistas, europeístas, androcéntricos, etc. suelen portar una enorme carga opresiva. Su perspectiva, además, remite a criterios de parcialidad que son criterios de identidad. Por otra parte, la objetividad no deja de ser un perspectivismo limitado. Así, la nueva generación intelectual asume que conocimiento y acción no se pueden pensar fuera de una acción práctica. Esto es, hacer del conjunto de los saberes objetos contundentes, cascotazos perturbadores. Todo fijismo es signo de conformismo.

La acción práctica es el medio para aprehender la realidad, una realidad que a los intelectuales que “comprenden” sin actuar les ha sido sustraída por la razón burguesa. Retomando algunos planteos de Pier Paolo Passoloni agregamos que la acción práctica permite además derribar los obstáculos que su educación y su mundo le imponen al intelectual<sup>9</sup>. La actividad práctico subjetiva se introduce en una relación y la construye. Lo material no es anterior a la acción, lo “objetivo” tampoco. Las condiciones para una teoría fecunda sólo pueden ser provistas por una praxis intensa y variada, por el diálogo de muchas praxis.

Para la nueva generación intelectual la reflexión teórica debe permanecer en estado de insatisfacción, o en todo caso, puede aspirar a las satisfacciones efímeras. La reflexión teórica debe hacerse al paso de la experiencia popular en Nuestra América. Como decía Louis Althusser, se trata de no creer en un voluntarismo de la historia sino en confiar en la lucidez de la inteligencia y la primacía de los elementos populares sobre la inteligencia. Al asumir un sitio modesto, la inteligencia estará en condiciones para seguir a los movimientos populares. El intelectual aprenderá a compartir y a dialogar. Pero –y siguiendo el razonamiento de Althusser– la modestia de la función, la negación de la inteligencia como “instancia suprema” no libera al intelectual de sus responsabilidades, al contrario, las incrementa porque se ha convertido en parte orgánica de un colectivo y debe velar para que este no reitere caminos trillados y para que se de formas de organización políticamente eficaces<sup>10</sup>. Su función excede así la mera contribución al desarrollo de lo que Antonio Gramsci llamaba los “núcleos de buen sentido” de las clases subalternas, su función se ubica en un lugar de mayor responsabilidad que la que le generaba la “celebración” de las luchas de los “de abajo”.

Más que ensayar teorías generales, la nueva generación intelectual tiende a construir instancias de pensamiento crítico, trabaja para que se multipliquen y favorece los procesos de articulación. Articulación entre instancias de pensamiento crítico, pero sobre todo articulación de estas con las instancias de poder popular. Así, conectando prácticas contrahegemónicas a través de representaciones, la nueva generación intelectual rechaza toda forma de saber cosificado y ensancha los horizontes del pensamiento y la acción.

### *Ser orgánicos*

Existe una distancia estructural inherente a la propia condición del intelectual que inhibe los roles militantes más activos y la afectividad para con las clases subalternas. Los procesos históricos pueden contribuir a ensanchar o achicar esa distancia. Resulta evidente que desde el fin de la dictadura militar en la Argentina ocurrió lo primero.

La nueva generación intelectual impulsa las relaciones constitutivas con las resistencias y las luchas de los de abajo, apuesta al trabajo paciente y arduo de promover en el pueblo el sentido

<sup>9</sup> Ver: Pasolini, Pier Paolo, *Teorema*, Buenos Aires, Editorial sudamericana, 1970.

<sup>10</sup> Ver: Althusser, Louis, *El porvenir es largo*, Buenos Aires, Ediciones Destino, 1992, pp. 300-302.

de su dignidad y su responsabilidad autónoma mientras –al decir de Paul Eluard– aprende sus cantos de rebeldía. Promueve así la politización del hambre, es decir, la antropofagia.

La nueva generación intelectual rechaza las más variadas formas del “sustitucionismo” que suelen ir acompañadas de una alta cuota de individualismo y el hedonismo que conspira contra el desarrollo de una perspectiva política en las clases subalternas. Trata de responder a la dialéctica planteada entre los requerimientos de un proyecto popular, revolucionario y el desarrollo teórico y creativo de sus competencias particulares. De algún modo, el intelectual de la nueva generación prefigura en pequeña escala una función del Estado nacional popular democrático: es un potenciador de las instancias de autogestión, de autoorganización y de participación directa en el poder por parte de las clases subalternas (instancias poder popular), un facilitador, nunca un tutor. En un mundo fragmentado y dominado por la lógica del espectáculo, no se limita a apuntalar la ilusión de comunidad en un plano general y abstracto, sino que busca aportar al proceso de construcción de una comunidad concreta.

Esta posición se traduce en un cuestionamiento a las jerarquías en las prácticas intelectuales, por otro lado, sus aspiraciones comunitarias resultan poco afines con los liderazgos intelectuales típicos de la izquierda<sup>11</sup>. En esto también es marcado el contraste con la izquierda vieja y la academia que producen intelectuales que, entre otras limitaciones y patetismos, suelen poner gran énfasis en la palabra “yo”. El egocentrismo, el pedantismo, el autobiografismo patético, afecta la capacidad cooperativa o la limita a un pequeño grupo que deviene secta extasiada en la adoración de su propia insignificancia.

Frente a las proyecciones narcisistas la nueva generación intelectual propone una sentimentalidad igualitaria o de base. Del mismo modo rechaza el dandysmo intelectual y todo criterio de excelencia derivado de especialidades limitadas y confinadas a torres de marfil. La nueva generación intelectual se perfila reacia al individualismo, liviana, sin las presiones del mago mayéutico o las de los refutadores de leyendas y los policías de mitos y númenes que carecen de todo sentido del simbolismo y de todo sentimiento de lo “sagrado”<sup>12</sup>. La nueva generación intelectual va delineando un sesgo absolutamente ajeno, tanto a los compartimientos y escaques rígidos del saber institucionalizado como a las tramas irónicas, o mejor dicho, facciosamente irónicas, puesto que se ejercen desde un racionalismo blindado y estático, despojando de todo utopismo, siempre amargado y burgués.

A contrapelo de la generación de la posdictadura, la nueva generación intelectual vuelve a poner el énfasis en la acción y en la producción de un tipo de conocimiento que no desecha ninguna facultad de la vida (no le alcanza con la acotada razón), lo que la obliga a repensar el mito y a abjurar de la carga –absurdamente peyorativa– asignada a la noción de invención. Resulta imposible negar hoy que la supuesta verdad (y “modernidad”) con la que los intelectuales refutadores de leyendas se enfrentan al mito termina acomodándose sin mayor tensión a los intereses de las clases dominantes y el imperialismo. Y queda en evidencia el carácter reaccionario y desencantado (y no precisamente crítico) de todos aquellos que ejercen la ironía contra los revolucionarios derrotados.

La nueva generación intelectual también se vislumbra como una generación reacia al sectarismo, porque defiende la convivencia de vías alternativas. A diferencia de las sectas intelectuales, no ideologiza las divergencias menores. En las antípodas de la academia, la nueva generación intelectual no concibe la amistad como la etapa superior del intercambio de favores. Se aleja de la frivolidad de los mecenazgos y de los procesos de burocratización.

---

<sup>11</sup> Siguiendo a Horacio Tarcus, esos liderazgos se han expresado (y aún se expresan) en las figuras del “fundador mítico” o el “depositario de la doctrina”. Ver: Tarcus, Horacio: *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996, p. 113.

<sup>12</sup> Sugerencia para jóvenes historiadores: Michel Löwy dice: “No hagamos tabla rasa del pasado. El que no sabe encender en el pasado la chispa de la esperanza no tiene porvenir”. Ver: Löwy, Michel, *La estrella de la mañana: surrealismo y marxismo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2006, p. 109.

La nueva generación intelectual no cede a las coartadas compensatorias; rechaza la prebenda, el camino de la consagración individual y no aspira al reconocimiento oficial que se expresa de diversos modos (entre otros en la cesión de espacios para su producción y su opinión) y en ámbitos diversos (Estado, mercado, academia y todos sus derivados). No asume el rol del colaborador crítico –y siempre a la espera de la futura radicalización– de los procesos conducidos por el reformismo o el nacional-populismo. No cede a la tentación platónica del gobierno (o por lo menos el cogobierno) de los filósofos, a la impostura del talento individual, a la antología del lugar común y a otras formas de suicidio moral. Se diferencia de los intelectuales cretinos que se desempeñan en los grandes medios o en la función pública pero con una sobreactuada mueca de fastidio. El problema es que las morisquetas jamás podrán alcanzar la estatura de una función crítica.

La nueva generación intelectual, si bien se asume como una generación militante, no busca reproducir la figura del intelectual “comprometido” de los años 60 y 70. Abjura de todo magisterio y de todo rol pedagógico. Rechaza el populismo de esa rara especie de intelectuales caudillos - mercachifles (los “divulgadores”) que buscan los “formatos sencillos” para “llegar al pueblo”, “para que el pueblo entienda” (y para que las capas medias semi – ilustradas compren sus libros y sus revistas en los que apilan lugares comunes). Ocurre que muchas veces el “formato sencillo” no es más que el lenguaje del enemigo, que, como es de suponer, suele ser poco apto como despertador de conciencias. Glauber Rocha decía que aún siendo enfermo, hambriento y analfabeto el pueblo es complejo.

El nuevo intelectual radical no pretende ser un proveedor de racionalidad, de línea correcta, el redactor de programas, el elaborador de consignas. Tampoco cae en los ideologemas idealistas del tipo “cambiar al mundo con monografías radicalizadas” o disertando sobre la obra de Jean Paul Sartre o Michel Foucault por la TV estatal. Asimismo tiende anular el papel mesiánico del intelectual. Quiere ser parte de un colectivo variopinto, un arco iris, no sentirse propietario de lo que investiga, escribe, dibuja, pinta, canta, etc. Asume un puesto en la construcción colectiva de un gran relato del proceso popular. No es casual que en los últimos años muchos grupos, emprendimientos y proyectos que contienen a intelectuales de la nueva generación, se hayan autodenominado “colectivos”. Rige la sentencia de Lautremont “La poesía debe ser hecha por todos, no por uno solo”. La nueva generación intelectual promueve el desarrollo de tejidos asociativos, construye comunidad y trata de vivir los valores del futuro en el presente de sus construcciones, de este modo ejerce la crítica más allá de las palabras y las ideas, su crítica incluye una praxis.

A la nueva generación intelectual no le alcanza con la remanida cobija sartreana. Trata de estar más allá del compromiso. No está a la espera del “momento exacto” para “tomar partido”, para “estar allí”, para pegar el salto de la protesta humanista a la lucha política. Asume el aquí y ahora tal como se le presenta porque, al negarse a toda relación elitista, libre de los fantasmas del sueño estizante, no considera que sus funciones exijan escenarios épicos, en este sentido concibe al aquí y ahora como momento decisivo y radiante (su praxis se caracteriza por una serena intensidad que conspira contra la penumbra). No pretende la tranquilidad de la propia capilla, por eso no se suma a las organizaciones “revolucionarias” que jamás contribuirán a un proceso revolucionario.

### *¿Anfibios?*

Maristella Svampa, recurrió a la figura del intelectual anfibio<sup>13</sup> para hacer referencia a una posible y deseable circularidad entre la academia y la militancia (radical). Pero la figura nos parece, por lo menos, ambigua. Más allá de los alcances que le asigna Svampa, puede funcionar como fórmula para conjurar la posibilidad de no ser considerado un par cognitivo por la academia, para contrarrestar el temor del intelectual académico de perder crédito a partir de un

<sup>13</sup> Ver: Svampa, Maristella, *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, CLACSO – Siglo XXI, 2008 y la entrevista de Laura Vales publicada en el diario *Página/12*, el 1 de septiembre de 2008.

prioritario compromiso político y social porque sabe que en la academia (un coro de hosannas que no permite desentonar) no impera precisamente el principio de solidaridad interpretativa.

Por otra parte, no es lo mismo una doble pertenencia que el tránsito o, más aún, la circularidad, entre la academia y la militancia radical. Por ahora constituyen universos antagónicos y hasta hostiles, dos lógicas contrapuestas, dos lenguajes, dos horizontes. La academia educa en escuelas abstractas, standardiza las opiniones, moldea la producción intelectual, obliga a la especialización, trata burocráticamente, busca adaptar al intelectual a sus normas. La academia es autoreferencial y corporativa, cultiva una intimidad a la que custodia con celo y delectación y alimenta relaciones verticales e inauténticas. Su lógica tiende a la institucionalización de los saberes, lo que la torna poco propicia para las epistemologías marginales. Todo lo contrario de lo que promueve la nueva generación intelectual.

La autoconservación del intelectual en el universo de la academia exige su adaptación a las exigencias reproductivas de la misma (que incluyen la utilización de sus propias herramientas de trabajo). La institucionalización o “academización” de los intelectuales, que les impone el desarrollo de una carrera individual exitosa, y el compromiso militante en las actuales condiciones históricas, difícilmente pueden ser conciliadas. Porque el pensamiento crítico, la tensión significativa, el encanto revelador, no son compatibles con la apología del real empírico, con la “razón objetiva” y con la agobiante falta de sensibilidad política, en fin, con la pereza mental y el conformismo. Porque un universo sin riesgos, de confort individual, no es compatible con un universo que obliga asumir riesgos de todo tipo y que tiene como horizonte la búsqueda del bien comunitario (aunque esa comunidad sea una pequeña). Porque los espacios pasionales no son aptos para sonámbulos<sup>14</sup>.

Hace muchos José Carlos Mariátegui supo reconocer los riesgos del trabajo intelectual cuando se abandonaba la metafísica y se asumía la dialéctica, identificó, de este modo, un nuevo género de accidente de trabajo. Digamos que hoy, esos riesgos se han incrementado y no están cubiertos por las ART (las compañías Aseguradoras de Riesgos del Trabajo).

Ante la relativa marginalidad de las praxis intelectuales críticas y radicales significativas, la academia termina siendo para muchos intelectuales el único pragmatismo aceptable. Pero se trata de un pragmatismo que no se combina muy bien con las pasiones, con la fe y mucho menos con la cooperación y la obra colectiva, entre otras cosas por que el intelectual académico se tiene a sí mismo por finalidad y el saber, un saber determinado, no es más que un instrumento. El compromiso del intelectual con la praxis de las clases subalternas y con sus construcciones “de base”, seductoras pero inciertas y riesgosas, tan sin Estado, (salvo el aliento de la policía y el puntero), tan sin gran prensa, tan sin beca, le presenta enormes riesgos, contiene la amenaza de cortarle los lazos con las instituciones que lo cobijan y la de tener que vivir la condición intelectual en el marco de categorías socio - culturales distintas a las dominantes, en un mundo social con otras ideas y otros valores. Una situación para lo que no fue entrenado.

El hecho de que esas categorías dominantes, desde hace ya un tiempo, sean compatibles (perfectamente compatibles) con definiciones radicalizadas y pertenencias de izquierda, alimenta una serie de ilusiones respecto de la academia, entre otras la de anfibiología intelectual.

---

<sup>14</sup> En torno a este tópico, dice Ariel Petruccelli: “No se puede menospreciar la academia ofrece: becas, viajes, prestigio, dedicación *full time* a la actividad intelectual. Pero el precio que se cobra es elevado: tendencia a predeterminar la agenda de investigación; producción de *papers* como chorizos en desmedro de su calidad; acomodación a un lenguaje correcto pero anodino; poco hábito de crítica directa (la premisa es no ganar enemigos que puedan poner palos en la carrera); producción dentro de los rígidos marcos disciplinares o subdisciplinares; tendencia al enclaustramiento”. Ver: Petruccelli, Ariel: “Sobre nuestra condición intelectual (y sus anti-condiciones)”, en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, N° 6, Prometeo, Buenos Aires, septiembre/octubre de 2009, p. 29.

Puede también que la figura del anfibio encubra la expresión del intelectual megalómano que se resiste a asumir su lugar modesto en la historia y que considera que tiene una función directora sobre la política de las clases subalternas y que cree que puede ejercer esa función (externa) al mismo tiempo que es parte de instituciones y circuitos de legitimación domesticados por el poder. Se trataría, en este caso, de una reedición del viejo vicio iluminista y de la figura del intelectual taumaturgo, el que aparece en la Alegoría de la Caverna de Platón<sup>15</sup>. En general, la experiencia histórica es lapidaria: todo intelectual que aspira a clase dirigente y guía esclarecido e iluminado, acaba servidor del orden establecido. Enrique Dussel, partiendo de la Alegoría de la Caverna, delineaba la praxis más afín al filósofo comprometido con la liberación: “Lo esencial no es el ver ni la luz: lo real es el amor de justicia y el Otro como misterio, como maestro. Lo supremo no es la contemplación sino en cara-a-cara de los que se aman desde el que ama primero”<sup>16</sup>.

El intelectual académico - militante existe, pero su condición, la mayor de las veces, más que la del anfibio, es la de la doble membresía (o la del “entrismo” que de por sí niega toda posibilidad de genuina interioridad). Se trata de un sujeto desdoblado que reparte su tiempo entre dos funciones que sólo puede compatibilizar superficialmente y con la condición de haber construido previamente una legitimidad académica tan sólida que le permita darse el lujo de la militancia, que a pesar de todo, en este contexto, no deja de aparecer como una excentricidad.

Resulta paradójico el hecho de que la figura del intelectual anfibio provenga de una intelectual cuya praxis está en exceso respecto de esa misma figura. Porque muchas de las intervenciones “militantes” de Svampa, más que armonizarse con la academia, la interpelan. Mientras la figura es generosa con la academia ya que trata de redimirla, de recuperarla y le busca un sentido un poco más trascendente, colectivo y extra-burocrático, (una generosidad que también es sintomática, ya que hace ostensible el hastío y los propósitos más inconfesables y rastreros de la academia) las intervenciones de Svampa, las más afines a la nueva generación intelectual a la que pertenece con todo derecho, la conmocionan porque tienden a abrir un “espacio otro” .

### ***La apuesta por la política y la política como apuesta***

Digámoslo sin eufemismos: la nueva generación intelectual quiere reinventar la política como praxis revolucionaria. Para ella la política no se reduce a la “gestión” de lo que es y está; no se reduce a un paquete de concepciones y procedimientos “ordinarios”, a un campo de acción muy acotado, a un conjunto de verdades prefabricadas y saberes técnicos - prácticos. Por cierto, es esta una concepción de la que no pueden desprejarse a los intelectuales dizque progresistas, e incluso algunos que se asumen como revolucionarios, y que se expresa en la pretensión de incidir en la realidad partiendo de una identidad profesional o de especialista.

Los intelectuales dizque progresistas han eludido discusión de fondo en torno a esta cuestión. Si la política es administración de lo dado o puede ser otra cosa, por ejemplo, transformación radical de lo dado. Si el pueblo seguirá siendo objeto de la historia o si las luchas fundamentales pueden hacer de él otra cosa. Sobreadaptados a los que “es”, no creen que las cosas puedan ser de modo radicalmente distinto. Por consiguiente, y en contra de lo que sostienen, han caído en un profundo desprecio (en los hechos) por las ideas, los proyectos, los principios, las utopías. Los intelectuales dizque progresistas son cada vez más fenomenólogos. La ausencia de un ser crítico se intenta disimular con metáforas o folklore superficial (y proliferación artificios) y en

---

<sup>15</sup> Breve referencia a la *Alegoría de la caverna* de Platón: Unos hombres, desde niños yacen en el fondo de una caverna. Engrillados por las piernas y por el cuello, sin poder mirar hacia atrás, sólo pueden ver la pared del fondo. Detrás de ellos, a lo lejos, arde un fuego que se refleja en la pared del fondo de la caverna. Entre ellos y el fuego hay un camino por donde pasan personas transportando objetos y hablando, pero a los prisioneros sólo les llegan un murmullo. Los prisioneros sólo ven sombras y oyen ecos. Como no conocen otra cosa creen que es la realidad. ¿Quién los libera? El filósofo les quita los grilletes, los obliga a salir a superficie, los guía hacia la realidad.

<sup>16</sup> Dussel, Enrique, *Para una ética de la liberación Latinoamericana*, Tomo II. Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, p. 171.

muchos casos son evidentes los desacoples entre la osamenta conceptual (débil) y una musculatura expresiva bien desarrollada.

Es evidente que estos intelectuales han abjurado de toda praxis tendiente a preservarle ámbitos no alienados al lenguaje (una praxis imprescindible para la nueva generación intelectual) y han adoptado una estrategia trituradora de palabras que busca la desactivación de las imágenes más rebeldes y contestatarias. Lo que explica, en parte, la marcada vocación por los modos estetizantes, la charlatanería y la gesticulación excesiva que exhibe uno de sus espacios emblemáticos recientes: Carta Abierta.

Omar Acha sostiene que “El límite fundamental de Carta Abierta consistió en su absoluta separación de una praxis popular de masas. Fue una ‘puesta en escena’ que careció de anclajes en el movimiento social real. Del mismo modo que el kirchnerismo no quiso ni supo emprender una proyección popular movilizadora, Carta Abierta, se mantuvo como grupo de presión discursiva, aislado de la por otra parte inexistente fuerza popular que era su única clave para dar cuenta de la realidad”<sup>17</sup>. Coincidimos plenamente con la primera parte de esta afirmación, pero ocurre que las últimas dos líneas introducen una exculpación a la intelectualidad dizque progresista que consideramos absolutamente inmerecida (y que, estamos convencidos, no es el objetivo del autor).

Creemos que se debe relativizar la ausencia de una fuerza popular. Si bien es innegable la inexistencia de una gran fuerza “política” popular de masas, existen espacios populares concretos, “praxis” con potencialidades y perspectivas contrahegemónicas (objetivamente estratégicas, aunque les pueda faltar consistencia) claramente identificables por un intelectual lúcido, con aspiraciones de transformación radical, sin miedo a la condición periférica, los territorios ingratos y los destinos centrífugos. La limitación más alevosa de los intelectuales de Carta Abierta (y del progresismo en general) consiste en su falta de voluntad para suturar la brecha que los separa de las praxis populares realmente existentes, su incapacidad para asumir roles de construcción de una fuerza popular de masas, su temor a un oficio al que, en última instancia, consideran sórdido porque no confían en las virtudes de los oprimidos (virtudes derivadas de su carácter excéntrico).

No hay dudas que muchos intelectuales dizque progresistas se sumarían gustosos a una propuesta popular contrahegemónica masiva con perspectivas de poder. El problema es que la mayoría descrea de la misma y no considera estratégica la vinculación con una praxis popular concreta, por lo tanto, no están dispuestos a desarrollar intervenciones constructivas. Educados los más jóvenes, o reeducados los más viejos, en las décadas del 80 y el 90, asumieron un *ethos* pasivo y panglosiano que hace que, en el mejor de los casos, se visualicen como espectadores entusiastas (o como candidatos a funcionarios) de futuros procesos históricos de transformación en los que no pueden creer fehacientemente, puesto que en el presente los gobierna la amargura y el desasosiego.

Paradójicamente, los intelectuales se ven a sí mismos como ausentes de los procesos de gestación de una fuerza contrahegemónica, ajenos a la maravillosa etapa intrauterina de la misma. El resultado: clases subalternas sin metas significativas, carentes de identidades vueltas al futuro. Confinados a la cárcel de una totalidad que los condena al eterno retorno de lo mismo, incapacitados de identificar un plus del ser, desprovistos de instrumentos utópicos, signados por el *logos*, rendidos a los pies de los bienes, las cosas y los entes, vacíos de confianza, permanecen extranjeros de la misma idea de creación y alteridad. No están entrenados para pensar desde el no ser impuesto por las clases dominantes, un no ser que es precisamente el útero de un pensamiento y una praxis emancipatoria. No pueden pensar la política más allá de lo dado porque asumen como única fuente proveedora de sentido a la gestión progresista del ciclo económico. Estos constreñimientos los conducen indefectiblemente al reformismo político, a

---

<sup>17</sup> Acha, Omar: “Intelectuales en el ocaso de la ciudad letrada: los albores de una generación crítica en América Latina”, en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, op. cit, p. 14.

considerar al Estado como única fuente de la política, a las sucesivas opciones por el “mal menor”, y a confundir, una y otra vez, la táctica con la estrategia. Entonces, desde estas limitaciones, desde este *ethos*, desde esta autopercepción castradora, es lógico que terminen simpatizando con gobierno de los kirchner, defendiendo el fetiche del “país normal” frente a la impiedad de la derecha.

Por otra parte negarse a concebir la política como gestión, obliga a modificar el rol que los intelectuales dizque progresistas asumieron desde 1983 que consistió básicamente en asumir la “actualidad del mundo” como totalidad consumada. Así, estos intelectuales fueron resignándose al papel de organizadores del todo como insalvable, asumieron una ética de la legalidad (paradójicamente una de las formas más eficaces que halló la dictadura para perpetuarse) que sirvió y sirve principalmente para descalificar a las praxis contrahegemónicas, concebidas de ahí en más como las responsables directas de que el opresor redoble su praxis dominadora.

Negarse a concebir la política como gestión conduce inevitablemente a una autocrítica respecto de su falta de compromiso con la tarea de reconstrucción de lo que la dictadura había destruido (identidades plebeyas, lenguajes de confluencia, mitos, utopías y la potencia de las clases subalternas), y también respecto de su absoluta desconfianza en las lógicas democráticas que no sean liberales, populistas o estatistas, es decir, su alejamiento de toda praxis tendiente a construir una democracia que permitiera la acumulación en el seno del pueblo.

Del mismo modo, no concebir la política como la concreción de una verdad (sobre todo de una verdad sintáctica), o como la repetición de los viejos recetarios revolucionarios, también obliga a modificar el rol que los intelectuales revolucionarios asumieron en la década del 20 y ratificaron en la del 60 y el 70. Ahora, tal vez, la nueva generación intelectual tiene horizontes más modestos y a la vez más radicales, considera que se trata de transmitir las sensaciones del contacto con experiencias que expresen algo radicalmente nuevo, o por disputarle al capitalismo sus imágenes de la felicidad, trabajar contra la mirada autoindulgente de las clases medias, denunciar ficciones de corto vuelo y reinventar la sociedad desde la soberanía, la autonomía, la solidaridad.

La nueva generación intelectual, asumiendo el gran desafío de la izquierda, se propone desarrollar un pensamiento que amplíe los horizontes de la acción política y se verifique en ella misma.

Aunque los intelectuales progresistas consideran que libran una batalla con la nueva derecha, en el fondo comparten con ella el mismo *ethos*, ambos adhieren a los valores instrumentales, las normativas liberales, las instituciones verticales elitistas, las tecnologías de manipulación y control. Discuten sobre ellas, debaten, pero no las cuestionan en sí mismas. Se oponen a la reinención del Estado desde lo penitenciario, a la policialización de la política, pero no cuestionan a fondo los procesos de heterogeneización de la democracia electoralista, los lazos que crea la representación. Sus planteos no suponen un desplazamiento de los valores sociales e intelectuales dominantes. No tienen nada que oponer a esos valores, a esas normas, a esas instituciones y a esas tecnologías. Una nueva generación intelectual debe aportar al desarrollo de antivalores, contranormas, disórdenes y nuevas tecnologías<sup>18</sup>.

Los intelectuales dizque progresistas han satisfecho sus urgencias militantes a través del recurso (por cierto, no muy poderoso) de la solicitada o la carta (abierta). Una modalidad de intervención pública insuficiente para conjurar la idea deprimente del divorcio inseparable entre la acción y el sueño, al decir de André Bretón. Más allá de las buenas intenciones, las intervenciones que proponen no sirven para convertir a la solidaridad en figura objetiva de la existencia. Esas intervenciones sólo los perfilan como criaturas de su propia propaganda. Es penoso su papel tendiente a dificultar los procesos de auto-conciencia en las clases subalternas o

---

<sup>18</sup> Ver: Fals Borda, Orlando, *La subversión en Colombia. El cambio social en la historia*, Bogotá, Fica-Cepa, 2008.

su abandono estratégico de cualquier función similar. Y es el más cabal reflejo de décadas de deterioro de o ideológico y político. Así, sin abandonar los mitos elitistas, creen incidir sobre la sociedad, recuperar magisterio social, cuando en realidad el poder incide a través de ellos. Les sirven al poder para anular las tendencias más contestatarias. Se ajustan a la descripción de Enrique Fogwill: siguen “la línea correcta en el trabajo de cada día”, exigen que se les de, a diario, “la negación nuestra de cada noche, la necesaria para pensar, la indispensable para necesitar, pero que nunca interfiera en la línea de producción de orden”<sup>19</sup>.

### **Horizontes**

La nueva generación intelectual aspira a nuevos formatos para concebir, la Argentina, Nuestra América y el mundo, a la luz de la redención (autoredención). Y es que esta generación solo podrá “ser” si logra identificar la raíz de los enigmas y conflictos de Nuestra América y si desarrolla una consecuente vocación continental y también, desde el plafón de esta potente y extensa singularidad, universal (“dialógica”, no “universalista”). Estamos de acuerdo con Omar Acha cuando afirma que: “la permanencia de la generación excede los marcos nacionales, porque los desafíos intelectuales son, hoy los sabemos como nunca antes, continentales [...] En un futuro cercano, la nueva intelectualidad latinoamericana se inscribirá en una abanico global de militancias culturales. La globalidad es el destino de la dinámica permanente del quehacer intelectual radical. Dentro de medio siglo, una futura generación quizá se piense como decididamente global...”<sup>20</sup>

A diferencia de la intelectualidad dizque progresista que plantea una absoluta complacencia con las cosas tal como son (en su fondo), la nueva generación intelectual insiste en cambiar el mundo y la vida, retomando la orientación estratégica que considera que la revolución es inseparable del reencantamiento del mundo. Esta orientación, frente a la profundización capitalista de los procesos de desencantamiento, tiene una vigencia colosal.

A diferencia de la izquierda vieja, considera que hay que cambiar las formas de cambiar. En este sentido, más que en términos de acumulación, piensa en términos de multiplicación, en los términos de Ezequiel Adamovsky<sup>21</sup>. O en todo caso, busca identificar los campos que mejor se llevan con cada perspectiva (que implica estrategias diferentes y muchas veces contrapuestas). Y luego los combina.

Propone recuperar un sentido radical de la historicidad para que la existencia y el destino se pongan en juego en cada decisión. Desea atacar “concretamente” a las clases dominantes y recuperar el maravillo desprecio por las consecuencias. Para ellos opta por preservar categorías y expresiones, palabras e imágenes, sentimientos y deseos, que aún no han sido malogrados por el Estado, el mercado y la ideología.

La nueva generación intelectual asume un anticapitalismo militante y activo. Considera que la burguesía no tiene proyecto civilizatorio, que el sistema capitalista no es la única forma posible de sociedad civilizada. Reconocer que el capitalismo como fuerza social dominante que trabaja sólo para su autoexpansión sostenida exige defender la vida no en el sentido abstracto que

---

<sup>19</sup> Fogwill, Enrique, *En otro orden cosas*, Buenos Aires, Interzona - Latinoamericana, 2008. Ver especialmente: pp. 47, 147, 148 y 149 y 173.

<sup>20</sup> Acha, Omar: “Intelectuales en el ocaso de la ciudad letrada: los albores de una generación crítica en América Latina”, en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, op. cit. 19. El autor completa esta idea en su Tesis Diez: “Una nueva generación en Nuestra América tiende lazos de colaboración crítica con las culturas radicales que recorren el planeta, en búsqueda de conspiraciones, de aspiraciones compartidas, en la forja de una vocación transformadora global. El horizonte filosófico de la nueva generación transita de la historia a la política, de la tradición a la comunicación ecuménica del pueblo mundial en ciernes”(p. 24)

<sup>21</sup> Adamovsky, Ezequiel, *Más allá de la vieja izquierda. Seis ensayos para un nuevo anticapitalismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

invocan las clases dominantes, sino en el sentido real, como propiedad de sí misma, sin hacer abstracción de la lucha de clases y sus consecuencias.

La nueva generación intelectual admite la existencia de antagonismos fundamentales entre las clases sociales y que no puede haber cambios de la realidad sin conflictos. Se diferencia otra vez de los intelectuales progresistas cuya ingenuidad en este punto llega al paroxismo: las políticas redistributivas, no dependen de decisiones técnicas o de voluntades políticas gubernamentales, sino de relaciones de fuerza en el plano de la sociedad. La nueva generación intelectual está aprendiendo el lenguaje de las relaciones de fuerza.

La nueva generación intelectual no coloca en el horizonte del pensar - hacer la política al Estado. Pero tampoco cultiva un antiestatalismo ingenuo, no considera a todo momento estatal como reaccionario. Pone el énfasis en las determinaciones societarias y los múltiples universos en tensión con el Estado, impenetrables a las convocatorias estatales no democráticas.

La nueva generación intelectual no se jacta de la ruptura con el mito de la neutralidad de la cultura, reconoce que es un mito que hace rato ha caído en desuso. La burguesía, que lo creó, lo ha abandonado. Hace mucho tiempo que las clases dominantes cuentan con modos más sutiles y complejos a la hora de integrar, tergiversar o anular mensajes y símbolos disruptivos. Así la nueva generación intelectual mientras rechaza decididamente el empirismo y el pragmatismo, auspicia los elementos optimistas y utópicos.

Samir Amín, hace algunos años definió la cultura como el modo que tiene un grupo humano de organizar la distribución de los valores de uso (y no los de cambio). Partiendo de esa definición decimos que la nueva generación intelectual opta por el campo de la cultura y no por el de la ideología, retomando y reformulando la idea de Ernesto Che Guevara que planteaba que la gran propiedad privada destruye la cultura y la identidad nacional de un pueblo.

Digamos finalmente que es nueva la nueva generación intelectual porque lo que anuncia no es prolongación de lo que hubo y hay. Porque promueve una ruptura con el pasado y el presente, porque recupera una imagen del mundo como posibilidad latente, un carácter prospectivo. Porque no pretende construir una tarima a la que subirse sino elaborar, colectivamente, una hipótesis profunda. Se trata de una generación que funda expectativas, que es impaciente porque confronta el presente con el futuro, porque recupera el sentido de la utopía que es denuncia y anuncio y que provee de estructura a la praxis y que, además, es el motor de la imaginación política.

## Bibliografía General:

AA.VV., *Reflexiones sobre el poder popular*, Buenos Aires, El Colectivo, 2007.

Acha, Omar, *La nueva generación intelectual, Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires, Herramienta, 2008.

Acha, Omar: "Intelectuales en el ocaso de la ciudad letrada: los albores de una generación crítica en América Latina", en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, Nº 6, Prometeo, Buenos Aires, septiembre/octubre de 2009.

Adamovsky, Ezequiel, *Más allá de la vieja izquierda. Seis ensayos para un nuevop anticapitalismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

Althusser, Louis, *El porvenir es largo*, Buenos Aires, Ediciones Destino, 1992.

Artaud, Antonin, *El teatro y su doble. El Pesanervios*, Córdoba, Editorial Fahrenheit, s-d.

Belkin, Alejandro y Morena, Rosa: "Intelectuales, movimiento obrero y lucha cultural: Entrevista a "Beto" Pianelli", en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, op. cit.

Benjamín, Walter, *La metafísica de la juventud*, Barcelona, Paidós – I.C.E. / U.A.B, 1993.

Benjamín, Walter, *Conceptos de filosofía de la historia*, La Plata, Terramar, 2007.

Campagno, Marcelo y Lewkowicz, Ignacio, *La historia sin objeto y derivas posteriores*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2007.

Castillo, Christian y Maiello, Matías: "Hacia la superación de una generación intelectual domesticada", en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, op. cit.

Cerdeiras, Raúl: "La política que viene", en: *Revista Acontecimiento*, Nº 23, Buenos Aires, mayo de 2002.

Dussel, Enrique, *Para una ética de la liberación Latinoamericana*, Tomo II. Buenos Aires, Siglo XXI, 1973

Fals Borda, Orlando, *La subversión en Colombia. El cambio social en la historia*, Bogotá, Fica-Cepa, 2008.

Fogwill, Enrique, *En otro orden cosas*, Buenos Aires, Interzona - Latinoamericana, 2008.

Fornillo, Bruno: "Entrevista a Elías Palti", en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, op. cit.

González Horacio, *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Colihue, 1999.

Kusch, Rodolfo, *América Profunda*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

Löwy, Michel, *La estrella de la mañana: surrealismo y marxismo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2006.

Mazzeo, Miguel, *El sueño de una cosa (introducción al poder popular)*, Buenos Aires, El Colectivo, 2007 y Caracas, Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2007.

Mignolo, Walter (Compilador), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*, Ediciones del Signo, Buenos Aires, 2001.

Molinari, Eduardo: La lengua del 2001, en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, op. cit.

Pasolini, Pier Paolo, *Teorema*, Buenos Aires, Editorial sudamericana, 1970.

Petrucelli, Ariel: "Sobre nuestra condición intelectual (y sus anti-condiciones)", en: *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, op. cit.

Ricoeur, Paul, *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa, 2006.

Rodríguez, Esteban, *Vida Lumpen. Bestiario de la multitud*, La Plata, Editorial de la Universidad de la Plata, 2007.

Rodríguez, Esteban: "Más acá del Estado, en el Estado y contra el Estado. Apuntes para la definición del poder popular". En: AA.VV., *Reflexiones sobre el poder popular*, Buenos Aires, El Colectivo, 2007.

Sartre, Jean Paul, *Crítica de la razón dialéctica*, Tomo I y II, Buenos Aires, Losada, 1995.

Svampa, Maristella, *Cambio de época*, Buenos Aires, FLACSO – Siglo XXI, 2008 y VER: la entrevista de Laura Vales publicada en el diario *Página/12*, el 1 de septiembre de 2008.

Tarcus, Horacio: *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996.

Toer, Mario: "Sin Tregua". Las disyuntivas del centroizquierda, en: *Página/12*, Buenos Aires, martes 26 de enero de 2010.